

Sótano del Rubén Darío: Una Tumba Amenazante

(Narrado por Antolín Herrera Escobar, de EL DIARIO DE HOY). Los escombros de lo que fuera el edificio Rubén Darío parecen, a simple vista, una mole inanimada y silenciosa; en realidad es una horrible tumba que aprisiona en sus entrañas de concreto y hierro, los cuerpos triturados de centenares de personas, víctimas del brutal terremoto del viernes 10 de octubre.

Ayer que penetré por la tortuosa red de túneles, introduciéndome hasta varias "bolsas" o espacios donde el techo derrumbado forma bóvedas y hasta el sótano casi intacto, donde existen un orden sobrecogedor, pude comprobar que la mole de escombros se mueve en forma imperceptible, pero constante; como si estuviese dotada de vida; una maligna vitalidad que amenaza con descargar su sorda furia sobre la vulnerable carne de los intrusos.

Como reportero de EL DIARIO DE HOY, he permanecido varios días, pendiente de las operaciones de las brigadas de rescate, viendo e informando cómo éstas sacan los cuerpos de las víctimas calcinados unos y desfigurados otros, por la avanzada descomposición orgánica.

Una y otra vez los "topos" del equipo de rescate mexicano, se internan por los agujeros practicados en la compacta masa de ripio; permanecen dentro por largo tiempo, hasta que asoman de nuevo a la superficie, sudorosos, cubiertos de polvo y malolientes. A grandes voces anuncian a la gente de afuera que han encontrado más cadáveres o pertenencias tomadas de éstos.

Los familiares se agolpan ansiosamente alrededor del "Topo"; lo abruman a preguntas; sobre el aspecto del muerto, el sexo, color del cabello, placas y coronas en los dientes, un trozo de vestido, un llavero, cualquier cosa; incluso el dramático y conmovedor absurdo de "no por casualidad le habló; tal vez esté viva mi hija todavía, señor, ¿Ah...!"

A veces, como en este caso, los "Topos" contestan con un respetuoso silencio, roto solamente por los ahogados sollozos de los familiares que, tapándose la boca convulsivamente con un puñado de pañuelo, vuelven otra vez a sus sitios de guardia, a esperar nuevos rescates.

Las autoridades prohibieron recientemente que continuara la labor de rescate, debido a la inminente caída del edificio vecino, "Pacífico", que, según dijeron irritados funcionarios del MOP, podría precipitarse sobre las cuadrillas en cualquier momento.

Los "Topos" fueron obligados a firmar una acta notarial, eximiendo de responsabilidad al Gobierno democristiano de cualquier accidente o desgracia mayor que puedan sufrir de ahora en adelante.

Después de varios días de registrar periodísticamente este trágico espectáculo, se comienza uno a identificar con el dolor de las personas; se olvida uno que la función del informador es la del espectador imparcial y no necesariamente la del protagonista; pero, resulta inevitable, de pronto, dejar de identificarse con el dolor de las personas, y uno quiere ayudar; quiere participar.

Un sentimiento así me movió a aceptar sin vacilaciones la invitación que me formuló, casi en calidad de cordial desafío, uno de los "Topos", con quien nos hemos hecho amigos, para acompañarlo, armado con mi cámara, en una incursión al interior del monstruo de ripio y chatarra.

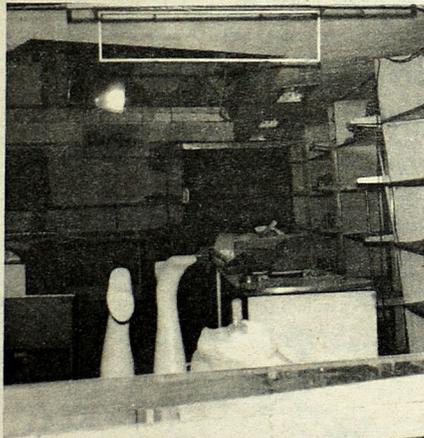
Lo primero que uno debe hacer al penetrar por los oscuros y serpenteantes túneles es echarse sobre el suelo, para arrastrarse de barriga. Sobre la escabrosa superficie de los canales



EL MEXICANO Héctor Méndez, conocido como "El Chino" (izquierda), miembro del grupo "Los Topos", guió al reportero de EL DIARIO DE HOY, Antolín Herrera Escobar, en un recorrido por el sótano del destruido edificio Darío.

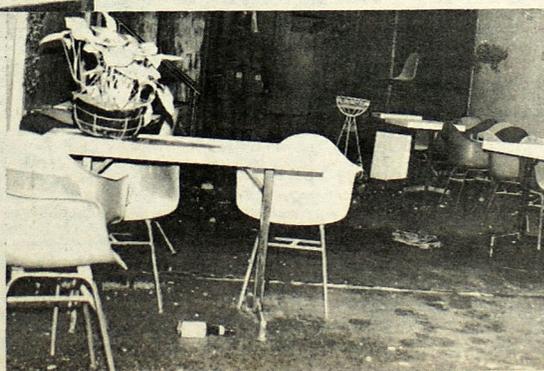


MUCHOS CADAVERES se encuentran aplastados bajo toneladas de concreto y hierro, volviendo difícil su rescate. Entre el primer piso y el sótano del edificio Rubén Darío asoma el pie de un cadáver aprisionado.



Varios maniqués destrozados y equipo de oficina dañado se encuentra en diversas áreas del sótano del edificio Rubén Darío.

Bajo los escombros del que fuera el edificio Rubén Darío se encuentra, en forma casi ordenada, la sección de una cafetería.



abiertos por los zapadores; por arriba y por abajo, apuntando a la cabeza, la cara y otras partes del cuerpo, se proyectan agudos extremos salientes de varillas de hierro y aristas vivas de ladrillos y trozos de concreto.

No bien hubimos logrado internarnos unos tres metros adentro del túnel, cuando ya había identificado en distintas partes de mi cuerpo, varias heridas que si bien eran leves, abatían sobre mí el temor del tétano.

Nos dirigíamos al sótano del Darío, por la parte oriente de la estructura. A medida que avanzábamos hacia la profundidad de la estrecha garganta, la oscuridad se volvió total, por lo que mi guía encendió la única lámpara que llevábamos. Desde entonces perdí la capacidad de orientarme, con respecto a puntos de referencia del exterior que había venido estableciendo desde que penetré al recinto.

El aire enrarecido en el que flotaba un polvillo en forma aneblinada, volvía difícil la respiración. Por otra parte, mi amigo el "Topo" iba delante de mí removiendo el polvo con los movimientos de su cuerpo. Yo llevaba mi cara muy cerca de sus botas, mientras escuchaba su frecuente voz de alerta, para evitar varillas puntiagudas y piedras sobresalientes o a punto de desprenderse de la pequeña bóveda.

En un segmento del túnel, donde ya no podía ver hacia atrás por la posición en que hallaba, ni para adelante donde me entorpecía la visión del cuerpo de mi amigo, "el Topo", me hizo una señal para que guardáramos silencio y apagó la lámpara porque quería, dijo, demostrarme algo.

Obedecí y al cabo de algún rato de un curioso e inquietante percibir de ruidos que el oído trata de identificar, pero que a menudo no lo logra, mi guía, me preguntó ¿Oíste eso? Sin saber exactamente a que se refería, le respondí por compromiso que sí; pero él insistió exigiéndome que describiera lo que había oído.

Tuve que hacerlo porque la posición en que me hallaba era incómoda; además, y esto era lo peor, el silencio y la oscuridad me habían generado una sensación opresiva, cercana a la angustia, de la que sentía la irrefrenable compulsión de escapar. Respiraba agitadamente el aire enrarecido, cargado ahora con olores nuevos y densos.

Contesté a la pregunta de mi amigo diciendo que los ruidos eran algo así como pequeños chillidos, como el rechinar de dientes y, a veces, otros ruidos parecidos al reventar de un lazo.

"¿Sabes qué es eso?", me preguntó con el i-